

En la primera de estas aproximaciones, el peligro está en no mostrar el lazo de la obra histórica de Cristo con la acción del Espíritu. En la segunda, se minimiza el lazo estrecho de la acción actual del Espíritu con la obra cumplida por Jesús durante su vida terrestre. Se tiende, por un lado, a deslizarse hacia una visión de la Iglesia en la que Cristo no está suficientemente ligado al Espíritu; y por otro, hacia una visión de Iglesia en que la acción del Espíritu peligra ser aislada de su relación con Cristo.

Sólo se puede lograr una aproximación auténtica al ministerio, si existe un esfuerzo por mantener unidos estos dos aspectos del misterio de la Iglesia. Los teólogos ortodoxos y católicos, que han participado en los coloquios de Chambesy (1972, 1975, 1977) y de Roma (1973, 1976) han pensado que, al hacer un bosquejo del ministerio recibido en común en la fe de sus iglesias, podían ofrecer sobre este punto importante una contribución válida al diálogo ecuménico. El lugar que sus dos tradiciones conceden al obispo les empuja a centrar su atención sobre todo en el ministerio episcopal.

I

1. Después de la manifestación del Espíritu en su bautismo Jesús ha cumplido su ministerio: anunciar la Buena Nueva, manifestar la llegada del Reino, testimoniar al Padre. En el mismo Espíritu, como sacerdote único de la Nueva Alianza, realiza el sacrificio de su propia vida. Es el mismo Espíritu quien le ha resucitado. Del mismo modo, después de Pentecostés, en la Iglesia que es su Cuerpo, quienes están encargados del ministerio, pueden cumplir únicamente en el Espíritu. los actos que conducen al Cuerpo a su pleno crecimiento. Tanto en la Cabeza como en el Cuerpo, el Espíritu y el ministerio son inseparables.

2. Si las implicaciones de esta forma de considerar a Cristo en el Espíritu son numerosas, con todo, pueden resumirse en dos puntos que imponen todo lo demás.

— Por un lado, esta comprensión de la relación entre Cristo y el Espíritu impide ver a Cristo como un individuo aislado. En todo lugar, en donde él está presente en el Espíritu, tiene con él a su Cuerpo, la comunidad de los santos, de la que no puede ser separado, pues es el primogénito de una multitud de hermanos.

— Por otro, esta comprensión de la relación entre Cristo y el Espíritu muestra que la presencia de Cristo es, por su naturaleza, escatológica. En efecto, allí donde obra el Espíritu, hace entrar la historia en los últimos tiempos (cf. Hech. 2, 17), revelando y trayendo al mundo las arras de su destino final, que no es otro que la presencia del Reino en la creación.